



CREADORES VERACRUZANOS



DIEZ SEMBLANZAS

José María Roa Bárcena

Agustín Lara

Salvador Díaz Mirón

Francisco Gabilondo Soler, *Cri-Cri*

Jorge Cuesta

Marius de Zayas

Ernesto, *el Chango*, García Cabral

Joaquín Santamaría

María Enriqueta

Manuel Maples Arce

ESTHER HERNÁNDEZ PALACIOS

COORDINADORA

MARÍA ENRIQUETA CAMARILLO Y ROA DE PEREYRA



Esther Hernández Palacios



IMAGEN III. María Enriqueta Camarillo, “poetisa auténtica”, como la llamó Ramón López Velarde, aquí en una imagen que conserva el Círculo Amigos de María Enriqueta en Coatepec.

El 19 de enero de 1872, en la casa marcada con el número 13 de la calle que actualmente lleva el nombre de Pedro Jiménez del Campillo, de la entonces villa de Coatepec, nació una niña que al día siguiente recibiría, en la pila bautismal de la parroquia de San Jerónimo, los nombres de María Enriqueta Concepción Guadalupe Canuta. Fueron sus padres don Alejo Ambrosio Camarillo Rebolledo y doña Dolores Roa Bárcena de Camarillo, quienes formaban una de las familias más sobresalientes de la región. Doña Dolores era hermana del conocido intelectual y político veracruzano don José María Roa Bárcena, miembro distinguido del partido conservador que, para la fecha del nacimiento de su sobrina y ahijada, y desde la restauración de la república, estaba alejado de la política y se encargaba de administrar los bienes y negocios de la Casa Viuda de José de Teresa e hijas en la capital del país. Apenas dos años antes había nacido en Xalapa el primogénito de la familia Camarillo y Roa: José Leopoldo.

María Enriqueta vivió en la cabecera del entonces quinto distrito de Veracruz sólo unos cuantos años después de su nacimiento, pues en 1879 se trasladó con su familia a la ciudad de México, ya que don Alejo fue electo diputado federal de su cantón. Esos siete años bastaron para marcar a la futura escritora, que los evocará en muchas de las páginas de sus diferentes libros. Coatepec era entonces una villa pequeña; según la Noticia General del Censo del Estado de Veracruz, publicada el 31 de agosto de 1878, todo el cantón de

Coatepec contaba con 21 mil 228 habitantes¹ y había en él otras villas importantes, como la de Huatusco. Pese a que en el estado de Veracruz tardaba en imponerse la paz que caracterizaría el largo periodo presidencial de Porfirio Díaz, los niños Camarillo y Roa disfrutaron de una tranquila y bucólica infancia, según sabemos por los múltiples textos que la escritora dedicó a revivirla. Los paseos por las fincas naranjeras, los días de campo en que su padre les enseñaba a conocer las diferentes especies de árboles y la multiplicidad de aves que se posaban en sus ramas o a distinguir una víbora venenosa de otra inofensiva y que terminaban con una zambullida en las frescas aguas de La Marina o del Suchiapan; los juegos en el patio y el cultivo de las plantas de ornato en los amplios corredores y en el traspatio de las casas que habitó durante estos primeros años de su niñez no sólo se grabaron en su memoria, sino que la arraigaron fuertemente a un suelo al que sólo regresará en calidad de visitante, pero que permanecerá vivo en sus recuerdos como el añorado paraíso natal. Si atendemos a sus textos autobiográficos, en estos primeros siete años no sólo se forjaron su carácter y sus principios morales, sino despegó su inteligencia y, sobre todo, se moldeó su sensibilidad. Más cercana a Bécquer que a Esquilo, como advertiría desde muy pronto su padre.

Como muchas otras niñas nacidas en México durante el siglo XIX, María Enriqueta no fue a la escuela elemental sino que aprendió las primeras letras al mismo tiempo que el catecismo de la mano de su madre, aunque en Veracruz para el año siguiente a su nacimiento ya había 2 mil 614 niñas inscritas en 70 escuelas primarias y 361 internas en cuatro colegios, todos ellos fundados por el gobierno del estado; muchas otras niñas asistían a las escuelas privadas, llamadas “amigas” para aprender a leer, escribir, realizar las operaciones matemáticas más sencillas, así como bordar. Se sabe que en la década siguiente,

¹ Manuel B. Trens, *Historia de Veracruz*, t. VII: *De la restauración de la república a las fiestas del centenario. 1867-1910*, p. 124.

solamente en Coatepec había una inscripción de mil 161 niñas en las escuelas públicas y particulares, resultado del cambio de mentalidad de los círculos progresistas acerca de la conveniencia de proporcionar a las mujeres conocimientos más amplios que los estrictamente necesarios para desempeñarse como buenas hijas, esposas y madres de familia, y por supuesto, siempre y ante todo, como buenas creyentes. Es cierto que, como ya comenté más arriba, los Camarillo y Roa se trasladaron a la capital del país cuando ella apenas contaba siete años, pero ya para entonces dominaba la escritura, tan es así que su primera prosa la fecha en 1878, apenas a los seis años.

De arraigada convicción conservadora y orgullosa prosapia intelectual, la familia de la futura escritora prefirió mantener las costumbres ancestrales de educar a la niña en casa, tarea para la que, además, no se sentían desvalidos. Doña Dolores no sólo le enseñó a dominar el alfabeto, sino a disfrutar de la buena lectura, también le dio sus primeras lecciones de dibujo y bordado. Don Alejo, que tocaba guitarra y flauta, amén de mostrarle la senda del bien y el valor del orden y la disciplina, le transmitió el gusto por la música, y ambos le inculcaron los principios y hábitos religiosos que mantuvo a lo largo de toda su vida. Aunque casi sin lugar a dudas podemos afirmar que fue su madre quien le inculcó la devoción mariana, sirviéndose de *Flores de mayo o el mes de María, para el uso de las familias mexicanas*, opúsculo religioso escrito precisamente por su hermano José María quien, como ya dijimos, apadrinó a su sobrina. Otra vez en sus textos autobiográficos leemos que diariamente, después de una jornada rica en experiencias y aprendizajes, la familia, incluida la servidumbre doméstica, se reunía en la sala de la casa al toque del *Ángelus* para rezar el rosario.

Sorprende el hecho de que, al revivir los años de su primera infancia en el idílico Coatepec, María Enriqueta sitúe en ellos no sólo el despertar de sus intereses artísticos y de su formación espiritual, sino la estirpe melancólica de su carácter que marcará su vida creativa. Recuerda que, de pronto, inmersa en la contemplación de la

naturaleza o en el mundo fantástico de un juego, se soltaba a llorar sin saber muy bien la causa de una inmensa e inconsolable tristeza al sentirse de pronto injustificadamente desamparada y triste. Ella misma califica estas precoces muestras de melancolía de infinito o de vacío existencial frente a lo insondable, como inexplicables conductas que nacían de una hipersensible susceptibilidad que desde entonces marcará su carácter.

Alejados del paraíso natal, Leopoldo y María Enriqueta debieron adecuarse a la vida de la ciudad de México que, por otra parte, les ofrecía mayores posibilidades de desarrollo, aunque no sabemos detalle alguno de su educación hasta 1887, fecha en que, cumplidos 15 años, ella ingresó al Conservatorio Nacional para cursar la carrera de pianista; podemos suponer que ambos debieron aprovechar las ventajas que el ya consolidado régimen porfirista ofrecía a los miembros de la élite. A los 21 años recibió el diploma de maestra de piano y dio algunos conciertos y audiciones. Compuso también varias piezas de música popular, dos de ellas, el chotis “Entre rosas” y la mazurca “Isabel”, tuvieron la suerte de ser editadas y distribuidas por la Casa Wagner de México.

Su mayor deseo –según comenta su biógrafo Valentín Yaklovev Baldín, quien tuvo la fortuna de entrevistarla en múltiples ocasiones durante la década de los cincuenta del siglo pasado– era dedicarse a dar clases de piano, pero su padre no quería que trabajara. La magisterial fue la carrera que la sociedad porfiriana aceptó como “decente” para las mujeres que tenían el privilegio de la educación formal, pero para la mentalidad conservadora de don Alejo Camarillo este criterio no era válido. Sin embargo, fue tal la decepción sufrida por la joven pianista, quien sentía que su dedicación y sus esfuerzos habían sido en vano, que su madre se atrevió acompañarla a las casas de algunos alumnos que pudo conseguir con toda discreción y ambas guardaron durante un tiempo prudente el secreto para que don Alejo no se enterara. Cuando éste lo supo no tuvo más remedio que aceptarlo.

No se sabe exactamente por qué razón, pero los Camarillo no pasaban entonces por una época de bonanza económica, vivían en un edificio de departamentos y el dinero que María Enriqueta ganaba con sus clases no podía menospreciarse, pues le servía para cumplir algunos caprichos que su padre no había podido satisfacer.

El año de 1893 fue decisivo para la vida de María Enriqueta, pues no sólo inició su vida profesional dedicada a las artes, sino que conoció a quien sería su esposo unos años más tarde: Carlos Pereyra, estudiante de leyes sólo un año mayor que ella, recién llegado de su natal Saltillo. Se conocen a través de Josefina, hermana de Carlos que se hace amiga de la familia a su llegada al edificio que habitaban los coatepecanos y pronto establecen una cercana amistad basada en intereses y preocupaciones compartidas.

Aunque el piano le proporcionaba una pequeña renta, no alcanzaba a satisfacer sus ambiciones de desarrollo artístico, por lo que la experiencia creativa con la palabra ganó importancia en su desarrollo personal; escribía sin cesar y en enero de 1895 publicó su primer cuento, “El maestro Floriani”, en la *Revista Azul*, inspirada en la figura de su maestro de piano, don Carlos J. Meneses, por quien sentía gran admiración. El año anterior, 1894, había publicado una serie de poemas en el periódico *El Universal* bajo el seudónimo de Iván Moskowski, inspirada en el compositor polaco Mauricio Moskowski (1854-1925).

Aunque muchas mujeres se habían atrevido –pese a las numerosas opiniones en contra– durante las décadas anteriores a escribir poesía y a publicarla firmando con su nombre de pila, también es cierto que lo hacían en su mayoría en los periódicos y revistas femeninas o en las secciones para mujeres con que contaban muchas de las publicaciones periódicas de la época.

No era fácil para una jovencita de buena familia decidirse a publicar sus pinitos literarios en las páginas de uno de los periódicos más importantes del país, incluso si se trataba de la “sección literaria” del domingo, que estaba dedicada a reproducir todo aquello que los lectores enviaban a la redacción, exponiéndose a recibir una crítica des-

carnada del responsable de la sección que, según su juicio, casi siempre se mofaba del valiente escritor en turno y, en contadas ocasiones, reproducía el material sin ningún comentario; seguramente por esa razón decidió escudarse bajo una máscara masculina. Es probable que la buena recepción de sus poemas, a los que no acompañó ninguna mofa o ilustración caricaturesca, cosa que solía sucederles a los textos enviados por los lectores a la referida sección dominical, le dieran valor para firmar como María Enriqueta, sin patronímico, nombre con el que firmará sus escritos a partir de entonces.

La *Revista Azul* era el órgano del movimiento modernista de México, pero si bien el hecho de aparecer en sus páginas significaba que la novel autora contaba con su respaldo, no quería decir que se adhiriera a los principios estéticos del movimiento.

Desde sus primeras entregas, María Enriqueta fue conformando un estilo muy particular, más apegado, tanto en su forma, como en su contenido, al romanticismo, que para entonces ya era un movimiento crepuscular, que a las tendencias artísticas del fin de siglo. Tal vez hasta podríamos decir que sus párrafos y estrofas destilaban un tufillo anacrónico. Sobre todo si pensamos que en 1893 se había desatado la polémica en torno al decadentismo, movimiento que, siguiendo los pasos del simbolismo francés, se sumergía en el hastío, experimentaba la bohemia hasta el límite de la perversidad y proclamaba la muerte de Dios, la patria y el amor. Aunque si abrimos el diafragma del lente de nuestra cámara hasta alcanzar a atrapar en él la totalidad del mapa social de su momento, podemos encontrar una explicación a esta aparentemente discordante cuestión.

En una sociedad que consideraba a las mujeres menores de edad, María Enriqueta escribía como mujer para otras mujeres y para niños y por esa razón lo hizo sobre unos temas y con un estilo diferentes a los de sus colegas varones. Tal vez en la actualidad esto nos resulte no sólo sorprendente, sino incluso aberrante, pero no por eso deja de ser verdad.

En 1896 la familia Camarillo y Roa emprendió un nuevo éxodo, esta vez el destino es la frontera norte del país, ya que don Alejo fue

nombrado administrador del timbre en Nuevo Laredo. Desde el norte lejano María Enriqueta escribiría a su cada vez más querido amigo Carlos Pereyra y enviaría largos poemas melancólicos a las redacciones capitalinas de la *Revista Azul* y *El Mundo Ilustrado*. También publicó en *El Espectador* de Monterrey (que algunos años después, durante la gubernatura del general Bernardo Reyes, dirigiría el propio Pereyra) y *La Crónica* de Guadalajara, abriéndose un espacio entre el público lector que, por esos años de paz, iba creciendo día con día.

En el mes de mayo de 1898, en Nuevo Laredo, contrajo matrimonio con Carlos Pereyra, la relación epistolar de los últimos dos años había consolidado los lazos entre ambos. Después de la boda la pareja se instaló en la ciudad de México, en la colonia que estaba de moda entre la burguesía, la Santa María y, pese a que como buena esposa, sobre todo si pertenecía al ala conservadora de la sociedad como era el caso, debía ocuparse de atender a su marido y su casa, no abandonó sus labores creativas: escribía, dibujaba y componía algunas obras de música popular. En 1902 apareció su primer libro *Las consecuencias de un sueño. Poema en dos cantos*, de apenas 35 páginas, que fue publicado en México por Tipografía La carpeta y dedicado “a dos Juanitas: su prima y su sobrina”, lo que evidencia la circunscripción familiar, casi podríamos decir hogareña de su escritura. Las poetas madres dedicaban sus poemarios a sus hijos, como figura retórica que les permitía que sus obras vieran la luz sin transgredir el ámbito doméstico al que su actividad estaba confinada por las “buenas costumbres”. María Enriqueta, que no los tenía, dedicó tal vez con el mismo fin, su primer libro a dos familiares de su propio sexo y condición.

Poco después sus padres y su hermano Leopoldo regresaron a la capital y se instalaron en su casa, que ya se había convertido en el centro de reunión de un grupo de artistas e intelectuales católicos que cada viernes charlaban, leían y escuchaban a María Enriqueta tocar el piano. La atención a su salón no le hizo descuidar sus deberes de esposa y ama de casa. En 1903 murió don Alejo Camarillo de un ataque al corazón y, seguramente para extrañarlo menos, los

Pereyra se cambiaron de casa. El dolor por la muerte de su padre no desaceleró su, ya para entonces, exitosa carrera literaria. Publicó sin cesar en periódicos y revistas de la ciudad de México y de algunas ciudades del interior del país y, si atendemos a Yaklovlev, en los de muchos países latinoamericanos.²

En 1908 la casa editorial J. Ballezá & Co. Sucs. publicó *Rumores de mi huerto*, poemario que es muy bien recibido por el público y la crítica, tanto que apenas dos años después apareció una reedición del mismo. La razón de su éxito es clara: María Enriqueta encarna como la que más el modelo de escritura femenina y además con calidad literaria. Su talento no molesta la celosa sensibilidad del sexo opuesto, pues lejos de transgredir los moldes que se han destinado para su expresión, los reafirma y reproduce con excelencia. Resulta muy revelador, en este sentido, revisar las múltiples opiniones que sus contemporáneos vierten sobre su persona y obra. La mayoría antes que nada alaba su calidad como mujer, su discreción, nobleza, modestia y sencillez, su decencia, su respeto a las normas sociales impuestas a su género, podríamos añadir; y cuando se refieren a su obra destacan su estilo generoso y sencillo, su dulzura, su sinceridad, su “femineidad” en suma. El académico y escritor Carlos González Peña decía de ella:

Es una verdadera ama de casa que lee, toca el piano, borda y atiende a los menesteres de su estado... Cuida de su rincón íntimo tanto o más que de sus versos... Hay que oírla hablar de su propia literatura. Lo hace con la misma sencillez con que otra mujer hablaría de sus macetas o de sus pájaros. El arte es en ella una modalidad tan natural, tan desprovista de todo fingimiento y vanistorio... Quien la conociera y tratara, sin saber que hace versos, no creería que esa joven hermosa y modesta, que tan juiciosamente habla de devociones, de teatro, música, de labores femeniles, fuese la misma inspirada cantora que conquis-

² Valentín Yakovlev Baldín, *María Enriqueta Camarillo y Roa de Pereyra, su vida y su obra*, p. 62.

tó tantos laureles. Por su plática amena ruedan los tópicos familiares a toda plática, entre personas de su clase y cultura. Es una de las señoras más sencillamente señoras que he conocido.³

Y Ramón López Velarde narra así su encuentro con la escritora:

Un relente de rosas me envolvía. Los perros me iban siendo hostiles, según me aproximaba a mi visita. Pero no sé por qué deficiencia concejil, aquella calle estaba ciega. En la oscuridad un gendarme tanteaba mis pasos. El cumplido guardián se tranquilizó al mirar que una doncella remilgada me franqueaba el umbral de María Enriqueta. Esperé un poco, en la media luz de la sala, la poetisa surgió: ojos, luto, dedos enjoyados. Pero más que lutos y joyas, ojos. Ojos magnates. Después reparé en el avance de la boca, que se pronuncia exigente. Me habló con firme llaneza, con la firme llaneza de los *Rumores de mi huerto*. Ella no había podido sustraerse a la necesidad de hacer versos... A mis instancias para que leyese sus últimos trabajos, llamó a su doncella, la que trajo y destapó una caja que yo imaginé haber sido de pañuelos, en la que se guardaban cuartillas de versos, agujas, hilo y dedales. Leyó, estuvo leyendo varios minutos, con una voz maltratada, vecina de las lágrimas, antes de ellas o después de ellas, pero vecina en suma. Yo la consideraba: la poetisa era auténtica, apartada de una dura estética, *pero siempre un pájaro que canta en el camino*. Nada dirán algunos. Casi todo, decimos otros.

Y más adelante afirma:

Yo honro, especialmente, dos cosas en María Enriqueta: su propiedad de mujer y su verdad de artista... ¿Su verdad de artista? Es la verdad de un buen gusto ingénito... Yo diría que su

³ Carlos González Peña, en *Arte y Letras*.

principal atributo es la naturalidad. Nada, dirán algunos. Casi todo, decimos otros. Todo, diré yo, aquilatando el caso singular: una mujer sin ripios y, más aún, que continúa mujer.⁴

Destaca en esta cita del jerezano la mención al poco rigor estético que contrasta con la afirmación categórica de la pertenencia de la autora a la estirpe del artista, pertenencia que además (y esto es lo que más asombra al poeta) puede compaginar con su femineidad.

En enero de 1909 empezó a colaborar en la “Sección del Hogar” de *El Diario*, donde de lunes a sábado, bajo el seudónimo de Mirafior daba todo tipo de consejos y respuestas a los lectores. De este posible futuro nada glorioso la rescató el hecho de que apenas un año después, en febrero de 1910, su esposo ingresó al servicio diplomático mexicano y fue nombrado encargado de negocios de la embajada mexicana en Cuba. A partir de esta fecha, los Pereyra radicaron en el extranjero, hasta el regreso de María Enriqueta al país en 1948.

Llegaron a La Habana en febrero de 1910. La prensa recibió a la escritora con beneplácito, pero su estancia en Cuba sería muy breve, ya que apenas unos meses después regresaron a México, precisamente cuando el país estaba en plena ebullición. En enero de 1911, apenas unas cuantas semanas después del estallido revolucionario que concluiría con la caída de Díaz, los Pereyra se trasladaron a Washington ya que don Carlos fue nombrado primer secretario de la embajada mexicana en la capital de Estados Unidos. En mayo de 1911, el mes de la renuncia y el viaje al exilio del dictador, María Enriqueta viajó a México para estar al lado de su madre y, según dice Valentín Yaklovev: “arreglar sus compromisos literarios”.⁵ Tal

⁴ Ramón López Velarde. *Obras*, pp. 315, 482-484. Vale la pena comentar que existen múltiples comentarios de sus colegas varones tanto mexicanos, como españoles, citaré algunos nombres al azar: Enrique Díez Canedo, Ángel Dotor, Victoriano Salado Álvarez, Amado Nervo, Pedro Henríquez Ureña, Genaro Estrada; todos ellos coinciden en términos generales en sus juicios con el poeta de la *Suave patria*, aunque algunos son menos exigentes con su estilo.

⁵ Valentín Yaklovev, *op.cit.*, p. 74.

vez de entre las gestiones que realizó surgió la encomienda de la casa Bouret, al año siguiente, 1912, de escribir una serie de libros de lectura para las escuelas primarias. Trabajó más de un año en este proyecto, resguardada dentro de su casa de la colonia Santa María, seleccionando textos de clásicos y contemporáneos de la literatura universal y escribiendo de su propio puño algunos otros, mientras fuera de su claustro doméstico, México se debatía entre rebeliones y sublevaciones. La decena trágica y el triunfo del usurpador Victoriano Huerta le pillaron cuando seguramente estaba absorta concluyendo los cinco tomos de sus *Rosas de la infancia*, que en 1914 editó la matriz de la casa Bouret en París, para los niños de México.

Precisamente el 21 de febrero de 1913, al día siguiente de la instalación de Huerta en Palacio Nacional, Carlos Pereyra fue designado subsecretario de Relaciones Exteriores y el 22 de julio del mismo año recibió el nombramiento de ministro de México en Bélgica y Holanda con residencia en Bruselas. Ni tardos ni perezosos, los Pereyra se trasladaron a su nuevo destino apenas el 31 de julio. No iban solos, como trasplantando el hogar de su mujer, y ya que, lamentablemente no habían podido procrear hijos, don Carlos decidió que los acompañaran su suegra, su sobrinito Miguel Pereyra que vivía entonces con ellos y Jovita, la criada que formaba parte de la familia. Leopoldo, el hermano de la escritora, fue nombrado vicecónsul de México en Amberes. La nostalgia o el frío segarón la vida de doña Dolores Roa viuda de Camarillo en octubre del mismo año de 1913.

Tanto su estancia en Bruselas como su estatus de embajadores durarían muy poco, no tanto por el estallido de la Primera Guerra Mundial sino por la caída del usurpador, a cuyo gobierno representaban, y el triunfo de Venustiano Carranza el 20 de agosto de 1914. Carlos Pereyra, en un arrogante gesto de derrota, cerró la embajada, entregó las llaves al secretario de la misma y, después de unos días de desconcierto, partió con su familia para Suiza, el país neutral por excelencia, que le pareció el lugar más seguro. El mismo 20 de agosto el ejército alemán había entrado en Bruselas.

En Lausana vivieron un periodo penoso pero corto, hasta trasladarse finalmente a España en donde fueron muy bien recibidos. El escritor venezolano Rufino Blanco Fombona les abrió las puertas de su editorial América para que publicaran sus obras y encargó a María Enriqueta la traducción de varios libros franceses. En Madrid, ella escribiría y publicaría la mayor parte de su literatura. A principios de 1918 apareció su primera novela, *Mirlitón*, que tuvo una gran acogida; novela para niños y jóvenes, didáctica, amena, narra los aventuras de Juan, un pequeño campesino poeta y de su inseparable amigo, un pajarillo tornasolado que resulta ser el corazón del primero. La traducción francesa se editó a todo lujo con ilustraciones de Maurice Béerty.

En 1919 apareció en la editorial América *Jirón de mundo* y alcanzó un éxito significativo. Aunque algunas de sus líneas alcanzan dimensiones trágicas, la gran mayoría se queda en el tono melodramático. A pesar de lo anterior, en ésta como en su primera novela, se nos muestra como una narradora nata; en la descripción de sensaciones y paisajes, en la ambientación y en algunos comentarios y reflexiones sobre el arte, logra sus momentos más interesantes.

En 1920 las ediciones Porrúa publicaron en su colección Parnaso de México una *Antología general de María Enriqueta*, que reúne 26 poemas seleccionados en su mayoría de *Rumores de mi huerto*. El volumen incluye además una breve biografía de la autora y cuatro poemas de sendas poetisas: Severa Arostegui, Laura Méndez, Josefa Murillo y sor Juana Inés de la Cruz. Esta publicación testimonia el gran valor que sus compatriotas daban a la poesía de la coatepecana que, para entonces, llevaba ya siete años en el exilio europeo. Ese mismo año, la revista *Biblos* publica las siguientes declaraciones:

En España he tenido buena suerte para que guste lo que sale de mi pluma. La prensa me hace el favor de elogiarme con el mismo cariño con que lo hacen en mi país. Aquí en Madrid estoy

contenta. Se vive intensamente la vida intelectual. Pero mi patria no ha dejado de ser la reina de mi corazón.⁶

En 1921 apareció su primer libro de cuentos, *Sorpresas de la vida*, bajo el sello editorial de Biblioteca Nueva de Barcelona, cuyo éxito fue tal que en 1924 la Casa Virtus lo reeditó en Buenos Aires. Como casi todas sus entregas anteriores y siguientes, se trata de la recopilación de textos publicados con anterioridad en periódicos y revistas.

Su tercera novela, *El secreto*, corrió aún con más suerte que sus libros anteriores. Está dirigida a un público joven y fue publicada en Madrid en 1922, por la editorial América. Es con ella que la autora alcanza un lugar importante en la literatura. *El secreto* se tradujo al francés, al italiano y al portugués, siendo la primera novela de autor mexicano que se leía en el continente europeo. La versión francesa fue obra de la hija de Paul Valéry, Agathe, y se sabe que el autor del *Cementerio marino* tuvo para *El secreto* grandes elogios. Más de una vez afirmó María Enriqueta que ésta era su obra preferida y que se había retratado en Pablo, su personaje central, en quien había depositado su atormentada niñez y adolescencia de artista, lo que no deja de ser sorprendente dado que se trata de un joven ceramista y, en cambio, su pequeña hermana Laida parece concentrar las características de Leopoldo, el hermano mayor de la novelista. *El secreto* es una metáfora de como “el mal” lleva a un alma a su conocimiento y aceptación; nos adentra en el espíritu de un adolescente, arrepentido de sus continuas travesuras y maldades, cuya magnitud crece en los obsesivos círculos de la conciencia adolescente: signos de la infracción, de lo prohibido. El inquieto protagonista se ve arrastrado por el destino a una vida más bien difícil: su sensibilidad parece completarse con la ambigua ausencia de su padre. Pablo se vuelve bueno, pero su padre (que María Enriqueta construye a partir de los recuerdos que conserva del suyo) regresa de una larga ausencia ha-

⁶ *Biblos*, México, 20 de abril de 1920, cit. por Yakovlev, *op. cit.*, p. 86.

biendo perdido un brazo; ensanchando la metáfora, Pablo deviene ceramista con la mano que le falta al padre. Lo más sobresaliente de la novela es su inmersión en la psique del protagonista, que para la época resulta todo un atrevimiento en la técnica narrativa.

También en 1922, sin duda el año de su clímax creativo, María Enriqueta da a las prensas de la imprenta Juan Pueyo de Madrid uno de sus más importantes libros de poemas: *Rincones románticos*, escrito en el mismo estilo, sencillo y emotivo, de sus obras anteriores, sólo que más depurado. La publicación incluye su anterior poemario, *Rumores de mi huerto*, que para ese año ya había sido editado dos veces.

En 1923, cuando en su país, en España y en Argentina se publicaban reseñas elogiosas a su narrativa y su poesía, murió su hermano Leopoldo. Aunque era dos años mayor que María Enriqueta, Polín, como solían llamarle, había siempre vivido bajo su protección. En México había concluido sus estudios en el Colegio Militar, en el que tal vez había ingresado a instancias de su padre quien esperaba que la disciplina y el rigor fortalecieran el débil carácter de su primogénito. Al egresar, nunca ingresó al ejército y se atuvo a lo que su cuñado y su hermana pudieron proporcionarle, viviendo siempre a su amparo y compañía. Antes de morir había padecido durante seis años una enfermedad que lo hizo depender en su totalidad de los cuidados de ella, que no escatimaba tiempo ni ternura pues lo quería entrañablemente.

La muerte de su hermano Leopoldo cuando ella se encontraba en el clímax de la fama reforzó en la escritora los sentimientos de tristeza y desconsuelo que la acompañaban desde la primera infancia y que ella misma solía achacar a su excesiva susceptibilidad. Solía decir entonces que el único gusto que le quedaba era que no volvería a alegrarse jamás.

En 1924 apareció, con sello de la Casa Virtus de Buenos Aires, *Entre el polvo de un castillo*, libro dedicado “a todos los niños de México” y, satisfecha de sus triunfos, María Enriqueta decidió gene-

rosamente regalar la mitad de la edición a los infantes de su país, sin olvidar a los de su patria chica, a quienes destinó un número significativo de ejemplares. Seguramente con el dinero recibido por sus últimos éxitos editoriales, los Pereyra Camarillo pudieron completar el dinero que requerían para cumplir un deseo de muchos años: tener su propia casa. Apretándose el cinturón habían logrado ahorrar para comprar, apenas unos años atrás, un terreno en una colonia nueva que llevaba el nombre de Ciudad Jardín de la Prosperidad y pudieron por fin edificar su casa, lo que sin duda significaba quemar las naves. Como un recuerdo lejano quedaba la tierra natal, alimentando la nostalgia del siempre melancólico espíritu poético de María Enriqueta.

En 1935 se mudaron a su nuevo hogar, un chalet de dos pisos en medio de un hermoso jardín al que bautizaron como Villa de las Acacias y que, además de proporcionarles el lugar ideal para su trabajo de escritores, se convirtió en el centro de reunión de los mexicanos exiliados en España.

Entrevistada por Vladimir Yakovlev en la década de los cincuenta, la autora recuerda los años posteriores a su traslado a la Villa de las Acacias como paradisiacos, dedicados a la creación y en perfecta armonía doméstica, aunque, si hacemos caso del testimonio de algunos de los mexicanos que los visitaban (entre ellos Alfonso Reyes) podemos dudar de sus palabras. Carlos Pereyra no sería entonces el compañero perfecto, sino un marido exigente y opresor que tal vez inspiraría muchos de los sentimientos pesimistas de la madurez creativa de su mujer.

En 1926 la casa Espasa Calpe propuso a María Enriqueta editar toda su producción literaria en la colección Contemporánea y distribuir los libros en el mundo de habla hispana. Sin dudarlo, María Enriqueta firmó el contrato y casi inmediatamente pudo tener en sus manos dos volúmenes de cuentos y uno de poemas: *El misterio de su muerte*, *Enigma y símbolo* y *Álbum sentimental*, este último en edición especial, ilustrada con dibujos a la tinta china de la propia

autora. *Enigma y símbolo* se encuentra en la cúspide de su desarrollo escritural y, como los anteriores libros, tuvo una gran acogida por el público y la crítica especializada. En la *Hispanic Review* de agosto de 1927, escribió sobre él Manuel de Oliveira:

El lenguaje es fluido y está dotado de una distinción que es patrimonio de la autora. Porque la verdadera distinción no es convencional. Obra como expresión y no como método. Las descripciones que hay en sus libros no son minuciosas, sino rápidas, pero incisivas... Su sentimiento, por tanto, no degenera en sentimentalidad, aun cuando sea variado y extenso, abordando toda la escala y comprendiendo no solamente lo que es humano, sino hasta lo que no lo es. Su compasión, que nunca es necia porque la sustenta el buen gusto, se extiende al mundo animal y va hasta el mundo que llamamos inanimado. Un animal discurre, un árbol sufre, las cosas hablan... Es el corazón de María Enriqueta el que presta vida y alma a todo.⁷

El año de 1926 fue muy significativo en su vida profesional. En enero viajó con su esposo a Portugal en donde pasaron un periodo breve pero muy productivo. Carlos Pereyra impartió varias conferencias, mientras ella aprovechaba para hacer arreglos con la editorial más importante de Portugal, la Empresa Literaria Fluminense, fundada desde 1877. Con tan buen resultado que firma un contrato para que se traduzca y edite toda su obra en una serie especial que se llamará *Colecção María Enriqueta*. Por razones que desconozco sólo se publicaron tres volúmenes en esta serie: su novela *El secreto* y sus libros para niños *Entre el polvo de un castillo* y *Cuentecillos de cristal*. Ese mismo año *El secreto* fue seleccionado para representar a la literatura femenina de Hispanoamérica en la colección francesa *Les Cahiers Féminins*,

⁷ Manuel de Oliveira, *The Hispanic Review*, Nueva York, agosto de 1927, cit. por Ángel Dotor, *María Enriqueta y su obra*, p.162.

que se ocupaba de difundir lo mejor de la literatura escrita por mujeres, pero no feminista, la traducción se le encargó a la hija de Paul Valéry, Agathe, quien la realizó con la colaboración de Mathilde Pomès.⁸

Durante los años siguientes María Enriqueta siguió cosechando triunfos. En abril de 1927 ingresó, como miembro correspondiente, a la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes de Cádiz y se publicó su libro de cuentos *Lo irremediable*, que fue recibido con muy buena prensa. En 1928 apareció, simultáneamente en español y portugués, su segundo libro de cuentos para niños *Cuentecillos de cristal* y en 1929, en Espasa Calpe, *El arca de colores*, así como la traducción francesa de *Mirlitón*, en una edición lujosamente ilustrada. En 1930 aparecieron en Espasa Calpe su libro de viajes y crítica literaria *Brujas, Lisboa, Madrid* y la traducción italiana de *El secreto*, y en diciembre del mismo año ingresó al Instituto Histórico de Miño, en Portugal, como miembro correspondiente.

El año de 1931 vio aparecer su libro de memorias *Del tapiz de mi vida* que, como los títulos anteriores, fue recibido como pan caliente por sus asiduos lectores (¿debería decir lectoras?) que cada vez eran más numerosos. Este último volumen consta de 31 textos breves en los que la coatepecana cuenta algunos episodios de su vida y la de su familia, así como los rasgos más significativos de su carácter. El capítulo titulado "Autocuestionario" lo utiliza para desnudarse espiritual e intelectualmente ante sus lectores (as), quienes seguramente recibieron con entusiasmo los detalles íntimos del pensamiento de su querida autora. Entre otras cosas, María Enriqueta confiesa:

—¿Qué es lo que más me complace describir o estudiar en mis novelas, modas, costumbres, pueblos?

—En tratándose de hacer novela, lo único que me interesa es el estudio de las almas, porque las almas son la humanidad entera.

⁸ Según palabras de Yakovlev. Durante años busqué un ejemplar de este libro sin éxito. No existe en la Bibliothèque Nationale de París, ni en otras de Francia; hace pocos meses, cuando empezaba a creer que su edición era una falacia, encontré un ejemplar en la Casa Museo María Enriqueta de Coatepec.

Las modas pasan como las aguas de los ríos; las costumbres evolucionan y los pueblos se circunscriben; pero el dolor y la alegría son los mismos en el universo entero, como lo son todas las demás pasiones que forman el alma humana. Lo pasajero no me interesa gran cosa al escribir novelas; por ello no hago en ellas listas muy largas de los brillantes chirimbolos de la decoración –ya en mis páginas de viaje describo detalladamente costumbres y cosas de los países en que he vivido o he visitado–; lo que pasa, lo que muere, me interesa poco. Me atrae el alma porque es inmortal. Costumbres, razas y pueblos desaparecen; pero la faz de la tierra está cubierta de almas, y las pasiones de éstas fueron, son y serán las mismas, ya que el amor data de Eva y el odio nació en Caín.⁹

En 1933 se editó su libro *Fantasia y realidad*, recopilación de poemas y artículos que, como era el caso de volúmenes anteriores, habían aparecido previamente en la prensa. En él aparece otro texto similar al “Autocuestionario” por su contenido, que ya no en forma de diálogo sino como sentencias o refranes y, precisamente con el título de “Filosofías y máximas” continúa develando su ideario. Entresaco algunas de ellas como muestra:

En el mundo hasta las puertas se quejan.
¿Diste al fin con algo de tu gusto? Prepárate a perderlo.
¿Hay algo seguro en la vida? Sí, hay algo, la muerte.
Un tren simboliza el hombre, un avión el ave, un automóvil...
la bestia.
Es demasiado bueno para que el mundo deje de llamarle tonto.
1833–¿Por qué no está de moda? Porque no se entiende.
1933–¿Por qué no está de moda? Porque se entiende.
¿Qué manda hoy la civilización? Volver a la barbarie.

⁹ María Enriqueta, “Autocuestionario”, en *Del tapiz de mi vida*, p. 231. Cuando dice “novelas” se refiere también a “cuentos”. Sus libros de cuentos (en los que se incluyen algunas noveletas, eran clasificados por ella (¿o por sus editores?) como novelas.

Ese mismo año fue nombrada miembro de la International Poetry Society de Nueva York y en 1935 apareció *Poemas del campo*, que sería su último libro publicado en España.

En 1936 se vieron truncados los años de tranquilidad productiva por el estallido de la Guerra Civil española, a consecuencia de la cual y debido también a su avanzada edad murió don Carlos Pereyra el 30 de junio de 1942. De acuerdo con sus criterios, España había sido asaltada por la barbarie que vaticinaba en sus “Máximas”, no por la sublevación que encabezaba el general Franco, sino por la defensa de la República en la que participaba el pueblo. Carlos Pereyra y María Enriqueta padecieron hasta lo indecible el cerco de Madrid y el historiador, ya de por sí deteriorado por los años en su salud, fue incapaz de remontarlo.

A la muerte de su marido, la escritora quedó sola en el extranjero y fue entonces cuando pensó en el regreso a la patria —que se le venía proponiendo por diversas instituciones mexicanas desde casi 20 años antes— como un proyecto viable. Esperó, sin embargo, hasta 1947 para poder volver con los restos de su esposo, que hasta esa fecha pudieron ser exhumados. En enero de 1948 se le recibió con honores en el puerto de Veracruz. A pesar de que sus paisanos querían que fijara su residencia en Coatepec, en donde inclusive le regalaron una casa, y del cariño que tuvo siempre a su tierra, ella prefirió instalarse en la ciudad de México, en la colonia Santa María, en la que había vivido antes de su exilio.

A su regreso de Europa, las *Rosas de la infancia* seguían siendo los libros de lectura y en 1949 se le encargó el sexto volumen, ya que la educación primaria había aumentado un año a su currícula. Finalmente, aunque no como ella lo soñaba años atrás, se convirtió en maestra, no de piano sino de literatura, o más bien de lectura y es por esta faceta de su personalidad creadora que sigue vigente en la memoria de muchos mexicanos y en la historia de la educación de nuestro país. Los seis volúmenes reúnen una selección de obras de la gran literatura universal así como textos propios y en los dos casos buscaba tanto calidad literaria, como contenido ético.

Murió en la ciudad de México en 1968, dejando una vastísima obra: poemas, novelas, cuentos, relatos de viaje, ensayos, textos para niños, música y dibujos. En todos ellos proyectó su ser y su vida, sobre todo en los personajes femeninos o artistas de sus relatos, género que siempre prefirió. Toda su literatura posee una elegante sobriedad y una unidad rigurosa, unidad que le otorga la aparición constante de ideas, impresiones y sentimientos casi obsesivos: la nostalgia, la soledad, la desilusión y la certeza de que el mundo es un engaño, que todo es perecedero y las cosas valen más que los hombres.

Murió a los 96 años, sola, cuando ya no se oían los ecos de su fama, cuando, pese a los esfuerzos que había hecho a través de su escritura para mantener el modelo decimonónico de mujer en el siglo xx —hacendosa, sumisa, prudente, siempre en el resguardo de la domesticidad y la familia—, éste había dejado de ser hegemónico; cuando, pese a sus logros por mantener a muchos lectores interesados en su estilo romántico en plena vanguardia, éste se recibía ya como anacrónico. Nos quedan sus libros como la muestra, genial, de una gran contradicción: la obra de una mujer que se leyó en casi todos los países de habla hispana y en algunos otros del mundo latino, sin que tuviera la necesidad de abandonar su casa; que defendió la familia y sus valores, sin tener hijos y que alcanzó una gran fama a través de su brigada literaria por mantener intocadas las buenas costumbres en la mujer que implicaban su ausencia de los espacios públicos y la obligatoriedad de mantenerse a la sombra.

Su defensa de las ideologías más conservadoras en relación a su género, su simpatía por las causas del fascismo en España, su preferencia por el matiz castizo sobre el uso mexicano en su escritura, no son suficientes para borrar sus logros que la llevaron a ser considerada en su tiempo como la escritora más importante de Iberoamérica.

La Nueva Creta, agosto de 2009

Bibliografía

- CAMARILLO, María Enriqueta. "Autocuestionario", en *Del tapiz de mi vida*, Madrid: Espasa Calpe, 1931.
- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos. "Nuestras poetisas: María Antonieta", *Arte y Letras*, México: 22 de octubre de 1911.
- LÓPEZ VELARDE, Ramón. *Obras*, México: FCE, 1986.
- OLIVEIRA, Manuel de. *The Hispanic Review*, Nueva York, agosto de 1927, cit. por Ángel Dotor, *María Enriqueta y su obra*, Madrid: M. Aguilar Editor, 1943, p.162.
- TRENS, Manuel B. *Historia de Veracruz. De la restauración de la república a las fiestas del centenario. 1867-1910*, t. VII, Xalapa: Gobierno del Estado de Veracruz/Secretaría de Educación y Cultura, 1992.
- YAKOVLEV BALDÍN, Valentín. *María Enriqueta Camarillo y Roa de Pe-reyra, su vida y su obra*, México: Editorial Josefina, 1956.